

La visita de Mijail Gorbachov a Juan Pablo II quedará como uno de los hechos más extraordinarios de este imprevisible tiempo. Sus frutos más tangibles son el próximo establecimiento de relaciones oficiales entre la Santa Sede y la URSS, la promesa de libertad religiosa, con la legalización de los católicos ucranianos, y la invitación al Papa a visitar la Unión Soviética. Un balance suficientemente positivo como para que el Papa viera en la entrevista «un signo rico de promesas». Lo que también implica que la historia juzgará según se cumplan estas promesas.

URSS-Vaticano: Un futuro lleno de promesas

Por Ignacio Aréchaga

Si se confirma, el apretón de manos entre el heredero de Lenin y el sucesor de San Pedro, habrá hecho caer otro muro histórico. No el que separaba —y separa— el marxismo y el cristianismo. Sino el que los sistemas comunistas habían intentado erigir entre el hombre y Dios. Durante más de setenta años, el régimen surgido de la Revolución de Octubre no se ha cansado de repetir que la religión era un residuo del pasado y ha hecho todo lo que estaba en su mano para darle una sepultura poco piadosa. En cambio, en sus palabras ante el Papa, Gorbachov reconocía que todos los creyentes de la URSS «tienen derecho a ver satisfacer sus propias exigencias espirituales».

Probablemente, cuando Gorbachov llegó al poder, la libertad religiosa no ocupaba un lugar prioritario en su agenda de trabajo. Después, el propio cur-

so de los acontecimientos ha hecho ver que el ateísmo de Estado contribuía a aumentar las tensiones internas y a deteriorar la imagen internacional. De ahí que, sin echar por la borda la herencia leninista, Gorbachov haya preferido dejar otro jirón de la ideología en el áspero camino de la «perestroika».

Para llegar a este encuentro en el Vaticano, Juan Pablo II no ha necesitado moverse de casa, tampoco en el terreno de las ideas. En su reciente carta en el 50 aniversario de la II Guerra Mundial, podía permitirse parangonar el nazismo y el dogma marxista en cuanto «ideologías sustitutivas». Hace no tantos años tuvo que parar los pies a los que, reivindicando el marxismo como «instrumento de análisis científico», pretendían hacer compatible a Cristo y a Marx. Hoy, quienes advertían que la Iglesia estaba perdiendo el tren de la historia, están ba-



jándose apresuradamente de ese vagón en vía muerta.

Derrumbe del comunismo

Mientras tanto, en Varsovia el jefe de gobierno va a misa, los partidos comunistas quieren cambiar hasta de nombre y los dirigentes soviéticos cortejan a los creyentes para que apoyen la «perestroika». Así, en su discurso en el Ayuntamiento de Roma, Gorbachov llegaba a decir que «también los valores morales de la religión pueden servir y sirven a la causa de la renovación de nuestro país». Ante el derrumbe de la ideología comunista, las iglesias pueden infundir moralidad en una población cuya descomposición ética (alcoholismo, corrupción, absentismo) es también un obstáculo para la reforma. Al mismo tiempo, Mijail Gorbachov necesita canalizar el renacimiento religioso y los fermentos nacionalistas en las repúblicas don-

Juan Pablo II entrega a la esposa del líder soviético, Raisa, un recuerdo personal, en presencia de Gorbachov.

de los cristianos son mayoría.

En esta situación, estaría fuera de lugar decir que Gorbachov ha venido a Canossa. Entre otros motivos, porque ni el líder soviético se ha empeñado personalmente en una lucha antirreligiosa ni el Papa tiene el poder de desatar el enredo del bloque del Este. Pero no cabe duda de que la distribución de papeles entre Roma y Moscú ha cambiado. En la época de la Ostpolitik de Pablo VI, era el Vaticano el que debía esforzarse en arrancar concesiones. Ahora, es el líder

soviético quien ha llamado a las puertas del Vaticano para realzar su imagen de estadista y la honorabilidad del régimen que representa.

Por su parte, aún siendo inflexible con la ideología marxista, Juan Pablo II no ha dejado de abrir un crédito de confianza a los cambios en la Europa del Este. Su rechazo del antagonismo de «bloques hegemónicos», su denuncia de la carrera de armamentos y su crítica tanto del materialismo ideológico del Este como del consumista en el Oeste, le ha puesto por encima de una postura de parte. Y si al principio el Kremlin lo consideró un «desestabilizador» por negarse a aceptar la división de Europa, ahora ve en él un factor de moderación para que el cambio no desemboque en inestabilidad.

Libertad religiosa

El Papa ha deseado éxito al «proceso de renovación» emprendido por Gorbachov. Pero, también ha dejado claro cuál es para él la piedra de toque del respeto de los derechos humanos: la libertad religiosa. De modo que también el viaje a la URSS queda a la espera de que se apruebe, y se aplique de hecho, la ley de libertad de conciencia.

En los últimos tiempos, el Kremlin ha permitido la reorganización de la jerarquía católica en Lituania, el nombramiento del primer obispo en Bielorrusia después de 63 años, y la reapertura al culto de algunas iglesias. Pero ahora se trata de pasar de las concesiones a las garantías jurídicas.

La cuestión más espinosa es el reconocimiento de los católicos ucranianos de rito bizantino, incorporados por la fuerza a la Iglesia ortodoxa en 1946. El Patriarcado de Moscú teme que el reconocimiento suponga una hemorragia en sus propias filas. Pues, según muchos observadores, corre el riesgo de perder un tercio o la mitad de su fieles y sus templos. Pero tanto el Papa

como Gorbachov —uno por motivos ecuménicos, otro por razones políticas— tienen interés en resolver la cuestión sin malquistarse con los ortodoxos. La nueva ley de libertad religiosa, en estudio en el Soviet Supremo, y el diálogo en curso entre católicos y ortodoxos, deberán crear las condiciones para solucionar el problema.

El establecimiento de relaciones oficiales entre la Santa Sede y la URSS —cuyo nivel está por definir— es otro fruto histórico de la entrevista. Esto confirma que Gorbachov ve en la Santa Sede un interlocutor valioso para el nuevo papel que la URSS quiere jugar en la escena internacional. Ciertamente, la «casa común europea» propuesta por el líder soviético y la idea de Europa de Juan Pablo II son diversas. Pero no necesariamente antagónicas. Gorbachov necesita hacer entrar a Rusia en Europa, para beneficiarse de los créditos y de la tecnología occidental. Juan Pablo II, en cambio, piensa en una reevangelización del Viejo Continente. Como primer Papa de origen eslavo, no deja de recordar que la Iglesia de Oriente y la de Occidente son «dos pulmones de un mismo cuerpo». El «pulmón oriental», curtido en la adversidad, podría insuflar nueva vida espiritual en Occidente. Y aunque la unidad con los ortodoxos sea un lento proceso lleno de escollos, una mayor independencia de la Iglesia ortodoxa respecto al Kremlin eliminaría al menos algunos.

La visita de Gorbachov a Juan Pablo II abre, pues, un futuro lleno de promesas y también de incógnitas. Quizá en medio de las convulsiones que agitan la herencia de Yalta, también pueden entrar en revisión las fronteras religiosas.

Ignacio Aréchaga es licenciado en Ciencias Económicas y en Periodismo. Corresponsal de la agencia Acepres en Roma.

Cuando en 1979 los socialistas pactaron con el Partido Comunista y con otros grupos de izquierda para hacerse con el control de muchos ayuntamientos, dieron el paso más importante y decisivo desde los tiempos de la II República para la conquista del poder político en España.

Los enclaves locales

Por Antonio Fontán Meana

Tras la restauración de la democracia y la legalización de los partidos en el bienio 1976-1977, los resultados electorales demostraron, por dos veces, que nuestro pueblo no tenía suficiente confianza en el Partido Socialista Obrero Español como para encargarle el Gobierno de la Nación. El panorama municipal, en 1979, tras las elecciones locales del 3 de abril, era similar. Pese al ahogo económico de los ayuntamientos en los últimos años del franquismo y primeros de la democracia, los electores se inclinaron mayoritariamente, aunque no con mayoría absoluta, por las candidaturas de centro o por independientes de derechas. En esa situación, y ante la perspectiva de permanecer fuera de todo centro de gestión administrativa, el PSOE dio un giro histórico en su actitud hacia el Partido Comunista: de la enemistad irreconciliable que les enfrentaba desde los tiempos de la Guerra Civil, pasaron a ser aliados y a formar gobiernos de coalición en algunas diputaciones y en muchísimos ayuntamientos. Y esa fue una ayuda esencial para acceder en 1982 al Gobierno de España.

Peones del poder socialista

Los ayuntamientos socialistas y comunistas sirvieron para for-

mar en los años 1979 a 1982 un plantel de políticos gestores, que hicieron prácticas retribuidas a costa del bolsillo de los ciudadanos. Pero, sobre todo, dieron al Partido Socialista una imagen de gobierno: los vecinos comenzaron a identificar a socialistas con personas que gobernaban, aunque fuera un gobierno y gestión de escasa importancia y eficacia. Los ayuntamientos de izquierda fueron, además, instrumentos de propaganda para sus administradores, que utilizaron de forma partidista su pequeño poder. Con todo ello, y con algunas otras consecuencias que no es el momento de mencionar, el PSOE afrontó en 1982 las elecciones generales bastante bien pertrechado, como evidenciaron los resultados.

Hoy, tras haber gobernado España con mayoría absoluta durante siete años, y con la perspectiva de seguirla gobernando de forma similar durante algunos más, los socialistas no tienen necesidad de utilizar los ayuntamientos como escuelas de formación política, ni como medio de darse a conocer. Sin embargo, las administraciones locales siguen siendo pilares básicos para que ese partido se mantenga en el poder. Podría decirse, usando la terminología ajedrecística, que los ayuntamientos o los alcaldes son los peones en el tablero, y que la estrategia del PSOE descansa y se apoya en